

tenderse. Otros pecados salen á luz pública, las riñas, hurtos, homicidios, embriagueces, etc.; la lascivia es tan horrible y tan abyecta que no se atreveria á herir los ojos de humana criatura: *aborrece la luz, y ama las tinieblas*; busca la lobrete de la noche, ama los escondrijos y los aposentos secretos, que por eso juntó san Pablo *in cubilibus et impudiciis* (Rom. xiii, 13). Es cierto que ahora se hace gala de los vicios abyectos, y se levantan públicamente palacios lujosos á la prostitucion, objeto de asiduos y tiernos cuidados para todos los gobiernos civilizados; pero ésta, como otras, es una grande aberracion de nuestro siglo, que demuestra haber llevado el descaro del impudor hasta el cinismo; mas el resto de la sociedad no empodrecida, siempre mira con asco y horror tantas infamias, y quisiera relegarlas al alejamiento y á la negra oscuridad.

Que si entendemos la frase paduana de la luz y las tinieblas sobrenaturales, tambien es muy cierto que el sensual huye de la luz de la instruccion y de la luz de la gracia; que se complace en rodearse de tinieblas, siendo de aquellos que *determinaron declinar sus ojos á la tierra por no ver* (Psalm. xvi, 11), y como el impio que *no quiso entender para obrar bien* (Psalm. xxxv, 4). Por eso advierte san Juan que *el que obra mal, aborrece la luz* (Joan. iii, 20), y en el libro de Job, se dice que el impio *no se apartará de las tinieblas* (Job. xv, 30).

En cuanto á las significaciones místicas de la luz y las tinieblas, y por qué la primera simbo-

liza á Dios y á la gracia por treinta analogías indicadas por san Dionisio Areopagita; y las otras simbolizan al demonio y al pecado, puede verse el copioso y bellissimo Comentario de Cornelio Alápide sobre el verso cuarto del primer capítulo de la primera Epístola de san Juan, y aun el de los tres versos anteriores.

## CAPÍTULO XI.

*De la infidelidad en los desposados.—Estragos de la lujuria en los viejos.—Almas consagadas á Dios.—Disolucion dentro de la familia, en nuestro siglo.—Bellisimas palabras del Abate Laurichesse acerca de los males del matrimonio en nuestros dias.—Solo la Iglesia por el sacerdocio puede curarlos.*

Que pueden cometerse punibles excesos y abusos de espantosa trascendencia dentro del estado nupcial, es cosa que no puede ocultarse, y que con ingeniosa frase significó san Bernardino de Sena diciendo que muy bien puede el hombre embriagarse con el vino de su propia cuba; mas acerca de estos desórdenes preciso es tender un velo, y deplorarlos sin sacarlos á luz. En cuanto á los casados que buscan la fruta del huerto ageno, teniendo su propio huerto, es un horror lo que pasa con ellos. Ni reparan en la salud, ni en la de su consorte, que vician con males importados al lecho doméstico, ni en

la pública decencia y decoro, ni en su buen nombre, ni en su vida, ni en su alma, ni en su hacienda; con todo atropellan como rabiosas fieras, sin atender á las divinas leyes ni á las humanas. Teniendo sus esposas como ángeles, se adhieren al estiércol como decía llorando Jeremías (*Hier.* iv, 5). Y el Sábio dice, que la mujer mala es como el estiércol en el camino (*Eccles.* xi, 10), que todos lo pisan, y los cerdos lo buscan para deliciarse con él. Más quiere el estiércol de la mujer agena, que la hermosura de la propia.

Veamos ahora la malicia del adulterio. Job dice que es *un mal*, y *la iniquidad máxima* (*Job.* xxxi, 9), y debe considerarse cuál será su gravedad para merecer un superlativo de tan grande ponderacion. Á la casa rica de Faraon la llenó Dios de plagas máximas, como lo dice el sagrado Texto (*Gen.* xii, 17), por la mujer de Abrahan que tenia usurpada. El profeta Jeremías llegó á decir que *la tierra lloró á la faz de la maldicion*, por estar llena de adúlteros (*Jerem.* xviii, 10); Oseas, que el camino de éstos será cercado de espinas (*Osse.* ii, 6); Ezequiel, que viven en casas ruinosas y á cada paso temen su perdicion. De las mujeres que se hacen reas del mismo delito dice cosas terribles la divina Escritura; que son la total perdicion de sus infelices casas, la confusion de sus maridos, la ruina de sus hijos, el escándalo de su familia,

malditas de Dios y de los pueblos, y que son como las bestias, y aun peores y más abominables; todo lo cual puede verse por extenso en el libro de *La Familia regulada*. Añádase, como consecuencia, los celos rabiosos que convierten la casa en un abismo del infierno, donde no se oyen sino injurias y execraciones, y los divorcios que asuelan las familias, y son causa de gravísimos males.

En cuanto á los vicios en la vejez, dice David, que penetran como el oleo en sus huesos (*Psalm.* cviii, 18), y allí perseveran mientras dura la vida mortal. Expresamente lo dice Ezequiel hablando de los torpes y sensuales: *Estuvieron sus iniquidades en sus huesos* (*Ez.* xxxii, 27), y como se envejecen los huesos se envejecen tambien los vicios en ellos. El santo Job, aun con más claridad dice: *Llenaránse sus huesos de los vicios de su juventud, y con él descansarán en el polvo* (*Job.* xx, 11); con su lascivia acaban la vida y así con ellos baja su malicia para hacerles perpetua compañía. De este mal género de viejos sensuales habla la historia de Susana, que como leños secos se abrasaban en el fuego de la liviandad, y de dia en dia se encendian más al aspecto de aquella criatura inocente. De ese largo pasaje que se refiere en el capítulo trece de Daniel, se saca en limpio para nuestro intento, que la sensualidad mas indigna y refinada se encuentra tambien en los

ancianos y viejos que de mozos fueron deshonestos. De estos viejos procaces aparta Dios la doctrina y la sabiduría, como advierte el santo Job (xi, 20), y de ellos se puede decir lo que el mismo: *Las rugas de mi cara dan testimonio contra mi* (Job. xvi, 9).

Mas si no es extraño que los que fueron libidinosos desde su mocedad lo sean tambien de viejos, si lo es, y mucho, que muchos que tuvieron juventud arreglada, se prevariquen en la ancianidad, como lo dice la divina Escritura del insigne Salomon, que siendo ya viejo, se perdió por las mujeres. Así lo dice tambien el Eclesiástico: *Te inclinaste á las mujeres y pusiste mancha en tu gloria* (Eccle. xlvii, 21), porque el viejo libidinoso mancha toda su vida pasada y se hace la abominacion de Dios y del pueblo cristiano. En el libro de la Sabiduria se dice que *aunque serán de larga vida, serán contados en la nada, y sin honra serán los novísimos de su vejez* (Sap. xiii, 17).

Mas no solo en los ancianos prende el fuego del vicio abyecto; tambien quiere el dragon tragarse las aguas del Jordán, como dice Job (Job. xl, 18); lo que explica san Buenaventura de la rabia furiosa que tiene el demonio contra las personas consagradas á Dios por voto, promesa ó juramento de castidad. Á todos los que se determinan á servir á Dios de veras, exhorta el Sábio á estar firmes en la justicia y temor, y

preparar su alma para las tentaciones (*Eccli. ii, 4*), las mayores de las cuales, dice san Agustín, son las de la castidad.

No se harta la voracidad infernal del enemigo con los innumerables pecados torpes de los hombres comunes y mundanos; sino que, como aquella águila del profeta Ezequiel, encamina sus vuelos al cedro mas elevado del Líbano para robarle la médula delicada de su pureza. San Jerónimo dice que precisamente *porque están á Dios consagrados, más fuerte y cruelmente son del diablo perseguidos*. Mucho puede verse de esto en la historia Eclesiástica y en las Vidas de los Padres.

NOTA.

De tres capitulos enteros del P. Arbiol hemos hecho uno solo, y aun los hemos abreviado y modificado considerablemente, diciendo muchas cosas que, aunque en nuestro siglo son ordinarias, no pueden oirlas los oídos delicados de la generacion actual. Los temas son tres: la sensualidad en el matrimonio; la sensualidad en la ancianidad; la sensualidad en la profesion de la castidad. Acerca de lo primero, una espantosa disolucion se ha desarrollado en el seno de la familia cristiana, ocasionada por excesos y desórdenes criminales que vician la vida en su fuente, ó la matan en su gérmen: bocas elocuentes han clamado, aunque con poco fruto,

contra tan funestos abusos, y libros enteros han sido escritos para anatematizarlos en nombre de la higiene y de la moral. La fiebre del lujo y de los goces, consumiendo cuantiosísimas expensas, hace que se quiera disminuir el divisor que ha de consumir, para aumentar el cociente disponible para los gastos de la vanidad, y de aquí que desaparezca la cuestion de las afecciones, en una simple cuestion de guarismos. En cuanto al sexo débil, ó es arrastrado ignominiosamente por el más fuerte, ó tambien incide en la tentacion de coger la rosa del placer sin la espina de la maldicion paradisiaca, y participa del debilitamiento actual de la fe; no quiere ver un calvario en el estado que ha abrazado, y consiente criminalmente en que se le despoje de los largos sufrimientos que cuesta el cuidado y nutricion de tiernos vástagos, evitando sabiamente su germinacion. Concíbese que ni podemos decir mas, ni podemos expresarnos mas claramente. Permitasenos solo transcribir, traduciéndo, un pasaje de la preciosa obra del Abate Laurichesse, *Etudes philosophiques et morales sur la confession*. Despues de haber hablado en el capítulo sexto de la necesidad de la confession para el individuo, y en el séptimo de la confession considerada en sus relaciones con la constitucion física del hombre, trata precisamente en el capítulo octavo de la necesidad de la confession para la familia. En este profundo y admirable estudio, toca las llagas de la sociedad doméstica bajo el punto de vista que le ocupa, pero con una amplitud de miras, y sobre todo

con una delicadeza de expresion inimitable. Escuchemos, pues:

«A mi ver es preciso admitir como incontestable la proposicion siguiente: hay una transmision á los hijos de las penas debidas á sus padres, en virtud de una afinidad moral gobernada por leyes mas libres que las que determinan la imputacion moral de la primera transgresion. Lejos, harto, estoy de creer que todos los niños que mueren sin haber pecado, sean arrebatados en virtud de la ley general que condena á muerte á todos los hombres; aparte de la falta original, otra prevaricacion ha llevado al sepulcro á estas inocentes criaturas: quiero decir, el crimen de su nacimiento. Un médico, inspirado, en lugar de preguntar á su arte mudo acerca de la fiebre que devora á un tierno infante entre los pañales de su cuna, deberia, á ser posible, tomar á parte á la madre, y preguntarle si no ha concebido en la iniquidad! ¡Ay! que no solo los vendedores de arsénico son emponzoñadores! Si el matrimonio fuese puro, cuántos males ahorrados á la tierra!» (*Chap. VII, pag. 231*).

Para que la union del hombre y la mujer fuese durable, necesitábase establecer guardianes de la pureza del matrimonio cristiano, estableciendo un ministerio sagrado encargado de proclamar altamente lo que es ó no conforme al pensamiento divino, lo que entra en el plan providencial. Sin esta voz que esté gritando sin cesar, que no le es permitido al amor el destruirse á sí mismo por harto fáciles complacencias, que hay una sed homicida y culpable,

una hambre que se llama el furor de los sentidos y no es una funcion de la vida, sin esto, repito, muy pronto habríamos vuelto á caer en las demás tinieblas, y en las inauditas torpezas del paganismo. Mas la voz que enérgicamente se hace oír de todas las generaciones, este ministerio sagrado ocupado siempre en su obra, es la Iglesia. Y la Iglesia, á su vez, emplea unos hombres escogidos, consagrados al efecto, y cuyas afecciones, siempre levantadas, deben servir de regla á las humanas afecciones. El arreglarlas es hacerlas vivir, y la castidad, ó el instinto dirigido por la ley, es toda la vida de la union. Aquello de que se abusa no se respeta largo tiempo, y el disgusto sigue pronto al desprecio; los corazones permanecen en razon misma del esfuerzo que tienen que intentar contra sí mismos para no agotarse en unas cuantas horas, y aún diria, para no darse todos de un solo golpe. Solo aquella afeccion que, limitándose en su propia libertad, tranquila y recogida en su propia fuerza, combate las emociones demasiado vivas, se tendrá en pié por largo tiempo, é irá muy adelante en la vía por donde Dios le haya ordenado marchar. Solo un amor que es mas fuerte que sí mismo, no llegará á perecer; porque el arte de saber contenerse, es el secreto de amar siempre.

Hoy la naturaleza fisica parece absorver todas las fuerzas morales; la vida del alma se va gastando con la de los sentidos, y se pasa muy pronto, porque el corazon, abriéndose todo entero, se dá de una vez sola. Así, el amor á poco

ya ha pasado á manera de un rio que, agotado de improviso en su fuente, no dejará ver luego en su lecho desecado más que un inundo fango. La inteligencia se industria, por decirlo así, en hacerse cuerpo, para gozar como el bruto, y los espíritus llegan á enfriarse en una excitacion demasiado viva de los sentidos. En el día de hoy el vivir á dos, es como poner los goces en comun, casi al modo de las compañías ó sociedades de intereses, en las cuales la compañía se disuelve para ambas partes, cuando la suma de las puestas ha llegado á agotarse. ¿Y será de admirar que la vida que se lleva en el hogar doméstico sea tan triste y amarga: que el odio blasfeme el amor, y que tan á menudo se oiga sonar la pesada cadena de la servidumbre que unas manos impacientes de libertad sacuden sin poderla romper? Apenas se ha dejado á la Iglesia bendecir una vez; mas despues de esta primera bendicion, no más voz que grite, no más palabra que enseñe, no más direccion moral. No quiere escucharse á la Iglesia, porque espanta su ciencia, ni se toma consejo mas que de sí mismo, para saber si se marcha bien en la vida, y si se adelanta ó retrocede en el camino del destino. Ni se piensa en el alma, ni se cuenta con ella.....

Digámoslo, pues; el amor al matrimopio dura poco; porque no es puro, y no se abriga para vivir á la sombra del pensamiento cristiano. Así detéstanse hoy, los que aun se adoraban ayer; porque una vez agotados los sentidos, el

abatimiento sucede al delirio, y al abatimiento la desesperacion.....

El mal es, pues, muy grande; y el sacerdote es el único en el mundo que puede curarlo. Al sacerdote sentado en su tribunal como juez de las conciencias, y censor de los vicios, y protector de la virtud, es á quien le toca proclamar, que el matrimonio, en la Iglesia de Dios, es un árbol que debe llevar solo frutos de virginidad, que la esposa tiene derecho de ser madre de todos sus hijos, y que los pensamientos del Señor, grandes en este asunto, deben dejarse, sin quererlos torcer, cuales son en sí mismos.

Aquí toca el Autor, con delicadeza suma, las principales llagas que corroen en nuestros dias al matrimonio; y sentimos no haber podido tomar sino pasajes despegados de tan juicioso capítulo, cuya íntegra lectura recomendamos, lo mismo que la de toda la obra, á las personas amantes de la filosofía cristiana, y de los sólidos y serios estudios.

De los otros dos temas, nada conviene decir, aunque, en nuestro siglo, tienen, como todo, su carácter particular digno de atención. Quizá en la exposición de los versos (que ahora por no alargarnos mas, interrumpimos), tendremos ocasion de presentar sobre el último algunas observaciones.

## CAPÍTULO XII.

*Del intenso grado á que suelen llegar las tentaciones sensuales.—Tres causas asignadas por san Buenaventura.—Incentivos en nuestro siglo.—Por la vista.—Por el oído.—Por los otros sentidos.—Suceso reciente.*

La santa Iglesia de Dios hace pública rogativa á su divina Majestad diciéndole en las Letanías mayores: «Del espíritu de fornicacion, líbranos Señor.» En esto se conoce cuán formidable es este pernicioso y feo vicio, pues en especial pedimos al Señor que de él nos libre, por su infinita bondad y misericordia. Conócese tambien de lo que dice el Sábio, que ninguno puede ser continente y casto, si Dios no lo concede. Así se dice en el sagrado Libro de la Sabiduría, notando que de sola la divina mano pende el serlo, para que de todo nuestro corazon lo pidamos al Señor (*Sap. viii, 21*). El santo Job confiesa lo mismo, diciendo, que nadie puede hacer casto y limpio al que de inmunda fuente fué concebido (*Job. xiv*). Esto nos ha de obligar á clamar á Dios para que nos libre de las horrendas y porfiadas tentaciones contra la castidad y pureza, pues no tenemos otra apelacion para conseguir tan grande bien.

No hay digna ponderacion humana para ex-

plicar la excelencia del alma pura, casta y continente. Así lo dice también el Sábio ilustrado de Dios: *mas toda ponderacion no es digna del alma continente* (Eccles. xxvi, 20). Y por eso, cabalmente, se pone tan rabioso y enfurecido todo el infierno contra las almas puras y castas. El grande san Antonio Abad dijo á sus monjes, que eran innumerables las artes y astucias del demonio para tentar y engañar á las almas. Por eso, cuando Lucifer cayó del cielo, se oyó aquella lamentable voz que dijo: *Ay de ti tierra y mar! porque baja á vosotros el diablo, con grande ira, sabiendo que tiene poco tiempo, para tentarlas y perderlas* (Apoc. xii, 12). Esta furia de los demonios se encamina más rícidamente contra todas las personas amadoras de la pureza y castidad, por lo mismo que Dios las ama tanto. Más aunque algunos ponderan tanto sus tentaciones que digan que absolutamente no pueden resistirlas, se engañan, y no dicen verdad; porque el Apóstol san Pablo dice lo contrario, y es de fe católica, que *Dios es fiel, y no permitirá que ninguno sea tentado más de lo que pueda tolerar*, asistido de su divina gracia (I Cor. x, 13). Otros dicen, que aunque viesen el infierno abierto, no se pueden detener, segun es la vehemencia y fiereza de su tentacion. Estas y otras semejantes ponderaciones explican el furor y fuego de las tentaciones; pero no pueden tomarse al pié de la letra, pues el Espíritu San-

to dice: *Acuérdate de los novísimos y jamás pecarás* (Eccles. vii, 14); y en consecuencia, con la gracia de Dios, la tentacion, por viva que sea, siempre puede resistirse. De algunas personas santas se refiere, que viéndose muy tentadas de liviandad, aplicaron fuego material á su cuerpo; mas de ninguna se sabe que no se remediase luego con esta diligencia. *Quién de vosotros, dice el profeta Isaías, podrá habitar con el fuego devorador? Quién morará con los ardores sempiternos?* (Is. xxxiii, 14).

De tres causas, dice san Buenaventura, suele proceder que las tentaciones de liviandad suban mucho de punto, de tal modo que lleguen á parecer intolerables. La primera es, si nuestro pensamiento no se aparta, ni la imaginacion se divierte de la idea torpe que se le representa. Si la representacion indigna va y viene una y otra vez, conmueve los humores malignos, que á manera de un fuego, encienden la sangre, y aumentan la tentacion de un modo que parece no ser posible el resistirla. El remedio, es, pues, divertir prontamente la imaginacion á otra cosa, aunque sea natural ó indiferente; y se verá por experiencia que calma aquella fiereza de la tentacion, en no pensando en ella. Pero mientras la imaginacion no cesa, la tentacion camina siempre en aumento.

La segunda causa de crecer tanto las tentaciones de esta especie, es, porque el alma no

está bien resuelta á despreciarlas y quitarlas, y arrojar léjos á Satanás, y así se pierden. Fíanse en que es cosa leve lo que hacen, y engañanse, y así vienen á perecer miserablemente. El remedio es una resolución firme, firmísima, de morir antes que pecar, y á consecuencia de ella, evitar todas las ocasiones y peligros por pequeñas y especiosas que parezcan.

La tercera causa de la vehemencia de estas tentaciones suele provenir de un sutil y pernicioso engaño que el demonio persuade á gente timorata, que nunca se ha manchado con lo abominable de esos vicios, que el deleite es sumo y grandemente apetecible; y que una vez experimentado, saciará para siempre. Esta tentación se funda en dos horribles engaños del demonio, claramente falsos; porque, la experiencia, lejos de saciar, enciende un furor horrible, que exige nuevas culpas, y que hace á los vicios, y en especial al de la liviandad, como hemos visto, insaciable; y por otra parte los deleites abyectos, dado que sean vivos é intensos, ¡pero son tan infames! ¡tan momentáneos! ¡tan asquerosos! llenan al alma de tan negros remordimientos, que no debieran de probarse jamás.

NOTA.

Tres razones asigna aquí el Autor, tomadas del Doctor seráfico, que motivan la vehemencia de las tentaciones sensuales: la una fisiológica, la otra diabólica, la otra humana. Todas ellas son meramente internas y subjetivas. En nuestro siglo hay tantos motivos de tentación y de terribles tentaciones, objetivos y exteriores, cuantos son los terribles y multiplicados incentivos que en todas partes excitan y aguijonean á la más abyecta de las pasiones. Puede decirse que para cada uno de los cinco sentidos se han creado en nuestros tiempos incentivos peculiares, desconocidos en los siglos pasados, y que extienden por todas partes el imperio y dominio de *la Reina del siglo*. En todos tiempos ha habido pinturas obscenas, por ejemplo, y en las excavaciones de las antiguas ciudades romanas se descubren monstruosidades increíbles de impudor y de libertinaje. Mas sin embargo, ningún arte humano, por perfecto que sea, puede llegar á copiar á la naturaleza con la exactitud que la luz que copia cien retratos de admirable parecido, reducidos á tal tamaño, que una lenteja puede fácilmente cubrirlos por completo. ¿Quién creyera, pues, que de una arte tan hermosa, fundada en tan admirables fenómenos de la luz, se habria de hacer en nuestros tiempos un arma terrible contra la moral, y un terribilísimo incentivo de liviandad y sensualis-



mo? Efectivamente es así: el vicio se ha retratado con todos sus horrores, la lubricidad con todas sus peripecias, la prostitucion con sus horribles escenas; degradadas criaturas han hecho una profesion de vender su desnudez para tales infamias, y se saben acerca de esto horrores que apenas alcanzan á creerse. Han llenado el mundo de obscenidades fotográficas, en las cuales el incentivo lúbrico es tanto mayor, cuanto la obra de la luz es lo más exquisito en los detalles, y lo más perfecto en el conjunto. Ningun siglo, repetimos, ha podido envenenar á tanto grado al alma por los ojos, porque ninguno ha podido llegar al perfecto realismo en el dibujo y pintura como el nuestro, obligando á una de las nobilísimas criaturas, salidas de la mano de Dios, á la luz, á servirle á tan graves iniquidades. En cuanto á los oídos, «la Reina del siglo» ha activado tambien horriblemente sus venenos. La ciencia de la armonía, y el arte de la ejecucion de la música llegadas á su apogeo, se han unido de consuno para encantar con la voluptuosidad de los sonidos: los teatros son templos; las cantatrices, divas ó diosas; la música, cielo; y los que miran y escuchan, frenéticos adoradores. Ya hemos hablado de la apoteosis de esas desgraciadas víctimas del crimen, hijas predilectas de la Reina del siglo, á quienes se arrojan en la escena, coronas sembradas de monedas de oro y ramos de precios fabulosos; y multitud de jóvenes infatuados corren dia y noche tras ellas con delirante locura. Las fortunas son escasas para pagar unos trinos de su gar-

ganta: «una recibe cien mil francos por año, otra se casa con millon y medio, alguna muere despues de haber ganado doce millones; y en conjunto, esas víctimas de la concupiscencia de la carne cuestan solo á París, ciento cincuenta millones al año, y aun se asegura que esta cifra es inferior á la verdadera.» (*Gaume*. Esta vida no es la vida, Carta 6.<sup>a</sup>). La música, pues, enervante, voluptuosa, muelle y sensual, se ha hecho servir á la liviandad de una manera prodigiosa, envenando el alma por el oído, así como la fotografía sensual la envenena por la vista.

El olfato y el gusto no quieren permanecer inactivos. Los olores se han diversificado de infinitas maneras, yendo á buscarse en apartadísimas regiones las plantas y las flores que los contienen. La furia por ellos raya en locura. Una rica pareja al desposarse, en una ciudad cercana, mandó traer de París los artículos de tocador á que ambos consortes eran muy inclinados. Consagróse al sólo artículo de los olores la modesta cifra de seis mil pesos, y los perfumistas de la capital de la Francia, creyendo que se trataba de abrir un establecimiento del ramo, enviaron un surtido completísimo: todo respiraba perfumes en aquella casa que sembraba un palacio de las «Mil y una Noches;» cada cámara tenia sus aromas especiales, los respiraba el lecho y cada una de sus coberturas, los muebles, los vasos, las paredes y los tapices, pastillas llamadas del serrallo se quemaban sobre las consolas en elegantes braseros. Pues

si esto pasa en estas lejanas ciudades, ¿qué será en las grandes capitales, donde el sibaritismo más refinado reina como soberano en las altas y acomodadas clases?

El paladar inunda también de venenos, no solo á la sangre y á los intestinos, sino por la sangre á la sensualidad á quien siempre ha alimentado la gula. No en vano con las comilonas y embriagueces ha juntado el Apóstol los retretes y las impudencias que en su seno se cometen. A las viandas más raras y variadas, cuya serie, en los festines, se imprime en largas listas alfabéticas, de que (como de gravísimos asuntos) dan noticia los diarios: á los manjares más exquisitos y á veces estrambóticos, se junta una variedad de vinos y de licores, que sobre encender le sangre, arrebatan la razón embruteciendo al hombre, y llega á envenenarlo ó dementarlo como el ajeno, viniendo á ser uno de los más conocidos y poderosos incentivos de la lascivia, como terminantemente lo dice la Escritura: *No queráis embriagaros con vino, en el cual está la lujuria* (Ephes. v, 18). Ahora bien, que el mundo come ahora y bebe, y se regala más que nunca, es cosa que se palpa: que los masones, y los gobernantes, y los diplomáticos tienen sus convites, donde entre el crudo de los manjares y la náusea de los licores disponen de los destinos del mundo, puede verlo todo el que tenga ojos para penetrar en esos sitios; que á esas locas orgías acompañen ó sigan siempre los lúbricos excesos, sólo un niño inocente pudiera dudarlos.

Nada diremos del tacto que para sus goces tiene: hay palacios paternalmente protegidos y cuidados por los modernos gobiernos, pero son sus entretenimientos de tan baja abyección que no pueden ni detallarse, ni aun nombrarse. ¿Cómo, pues, no subirán de punto las tentaciones con tantos, tan variados y tan poderosos incentivos? La atmósfera está como viciada; ni la educación más cristiana, ni el cuidado más esmerado, ni las precauciones más minuciosas, nada parece bastante á evitar el contagio en los jóvenes luego que salen al mundo. Menos de un año ha, que en una capital cercana, una excelente madre educaba á un hijo suyo único con el mayor esmero: elegía las escuelas más sanas, los colegios católicos más moralizados, ... un día el joven fué colocado en una casa de comercio; sus costumbres eran puras, su sencillez admirable. No pasaron dos años, y una mañana circuló el rumor que el joven había aparecido suicidado en un mal lugar. Una infame criatura le había perdido. Nadie creyó en el suicidio; parece que una horrible intriga acabó con su vida. Hé ahí la sociedad alarmada (aunque ya poco se alarma), una pobre madre enloquecida de dolor; un joven inmolado horriblemente á la prostitución, y una vil cortesana añadiendo una línea más á su hoja de servicio. Rasgos de esta clase han pasado á hacerse diarios. La conservación de la inocencia va llegando á ser un verdadero milagro en este siglo corrompido. Las prácticas religiosas, y en especial la confesión, que pudieran poner un dique á este torrente devastador,

se abandonan ingratamente, ó impiamente se ridiculizan. El mal es inmenso, y nos hace acordar á menudo de aquellas palabras del Señor: *Como en los días de Noé, así será en los días del Hijo del hombre: comían y bebían, y tomaban mujeres,...* y vino el diluvio y perdiólos á todos (Luc. xviii, 26 et 27).

### CAPÍTULO XIII.

*Algunas sentencias de los santos Padres y Doctores, que contestan lo dicho del horroroso vicio capital de la lujuria.—San Gerónimo.—San Agustín.—San Ambrosio.—San Gregorio.—San Bernardo.—San Lorenzo Justiniano.—San Buenaventura.—Santo Tomás de Villanueva.—Hugo Cardenal.—La lujuria hace indigno al cristiano de la Comunión.—Ciega los ojos de la razón.—Peca contra el propio cuerpo.—Arranca del Señor.—Alegra á los demonios y es bocado escogido de Sántans.*

San Jerónimo dice que la criatura lujuriosa, aun en vida, ya está muerta; porque no mandan en ella los apetitos racionales, sino los instintos brutales. El mismo escribe que Salomón, siendo como sol del mundo, con el amor desordenado de las mujeres perdió la luz de su alma, la gloria de su casa, el esplendor de su persona; y de pregonero de Dios, se hizo esclavo del demonio. Por ningun pecado se dice

que le haya pesado á Dios el haber criado al hombre, sino por éste. La gula su pábulo; la soberbia su flama; las palabras torpes sus chispas; su humo es la infamia; su ceniza la inmundicia; y su paradero el infierno. (*Epíst. Opusc. ad Ruf*). San Agustín hace todas las siguientes reflexiones: la lujuria doma los leones, es decir, á las más grandes y nobles almas; sus combates son los más fuertes entre todos los del cristiano, en los cuales es continua la pelea y rara la victoria. El deshonesto vende al demonio, por un placer momentáneo, su alma que Cristo redimió con su sangre. Lo que deleita pasa en un instante, y las penas del infierno durarán para siempre. La sensualidad es enemiga de Dios y de la virtud; todo lo pierde por el gusto de un momento; ciega á tal punto, que con una gota de deleite, no deja pensar en la eterna pobreza (*August. De Singularit. Cleric.*).

San Ambrosio asegura que la lujuria es mal inquieto, que no deja dormir ni descansar: de noche se enciende, de día perturba, ciega la razón, rompe los negocios, atropella el consejo, enloquece los afectos, nada tiene, es insaciable y solo tiene término con la muerte. El fuerte Sansón sufrió al leon pero no á su mala pasión; rompió las ligaduras, pero no sus inclinaciones; abrasó las mieses ajenas, pero no sus aficiones desordenadas (*Lib. 2, cap. 5, de Cain et Abel*).